LOS CLASICOS

P. M. de Rojas: *Poesías de Fray Gerardo Diablo*, Nueva Biblioteca de Bolsillo, 1967, 200 págs. (21×11) 75 ptas.

La traducción del castellano moderno, hecha por Gerardo Diablo, de la poesía y prosa de los más destacados representantes del Siglo de Oro español, es una de las más valiosas aportaciones a la literatura universal de nuestro tiempo. Ahora, la Nueva Biblioteca de Bolsillo, de Ediciones Alfaguara, ofrece una selección de poemas de Pedro Manuel de Rojas, de Mayorazgo, de Ciudad Real, de quien Menéndez Pelayo dice que «es uno de los más graciosos y originales ingenios de la Edad Media española». Rojas, que vivió en el siglo XIV, es autor de una obra de carácter satírico, en la que Gerardo Diablo, a quien Rojas llama «Fray Gerardo», es el personaje central. Su obra, que se inspira en la literatura clásica y en la tradición popular, es una sátira de la sociedad y de la Iglesia de su tiempo, y en ella se ridiculiza a los clérigos, a los nobles y a los ricos, a los que se burla de sus vicios y de sus pecados. Su lenguaje, de gran belleza, es muy rico en matices y en giros populares, y su estilo, de gran originalidad, es muy moderno. Su obra, que ha sido comparada con la de Quevedo, Cervantes y Lope de Vega, es una de las más valiosas del siglo XV español

nos dicho repetidas veces, es también una poetisa muy auténtica, pertenece por su sensibilidad y finura intelectual a la corriente crítica que arranca de la emoción sensible, de la agudeza intuitiva y que, cimentada en el previo y detenido conocimiento, penetra el sentido más profundo y recóndito de la obra poética, así como el del elemento estilístico o textura artística que la realiza. Y por esos caminos soleados y limpios llega la ilustre estilóloga a penetrar en el sentimiento y el pensamiento del hombre que es el poeta. Es decir, como ella misma ha escrito en la «Nota preliminar» de su nuevo libro, su función crítica es ejercida «sin prejuicio teórico alguno», sin dogmatismos, a impulso de un evidente subjetivismo que, naturalmente, está sometido a la realidad del análisis. Por eso no hay capricho extracientífico en estos estudios, sino intuición crítica que implica un detenido conocimiento previo.

El primer trabajo en el nuevo libro de Concha Zardoya está dedicado al estudio de la significación y sentido que el elemento lírico «camino» han dado los tres poetas más representativos de la generación del 98: Unamuno, Valle-Inclán y A. Machado, que lo cantaron tanto en su aspecto real como en el simbólico y metafísico. Es el estudio más extenso del libro, y en él, a través de las muchas diferenciaciones personales de cada poeta, descubre Concha Zardoya algo que es común a los tres y que se resuelve en característica generacional, en cuanto que encarna preocupaciones, anhelos y amores que nos llevan a esta conclusión. El desarrollo de la tesis y su justificación son estrictamente rigurosos dentro de un subjetivismo revelador e intuitivo.

Sigue a este ensayo otro más breve en que Concha Zardoya coteja el famoso soneto de Juan Ramón Jiménez que comienza «¿Cómo era, Dios mío, cómo era?», con otro de Dámaso Alonso claramente influido por él, que se titula *¿Cómo era?*, perteneciente a sus *Poemas puros*, y establece algunas diferencias técnicas y expresivas, así como subraya el mayor contenido mental del soneto de Dámaso Alonso.

Mayor interés tiene el trabajo dedicado a *León Felipe y sus símbolos parabólicos*, símbolos que, como es sabido, suelen ser frecuentemente la piedra, el viento y la estrella. Concha Zardoya ha acertado a desentrañar las numerosas significaciones de estos tres elementos de la poesía leofilipina, desde las de la piedra real inmediata hasta las de la histórica y la metafísica, así como las del viento —realidad, destino, etc— o las de la estrella, símbolo también plurivalente en la obra del poeta recientemente desaparecido. Ahora bien, aparte de todas estas plurivalencias de los símbolos poéticos empleados por León Felipe, tan detenidamente estudiadas por Concha Zardoya, ésta ha observado con la penetrante finura intelectual que la caracteriza cómo tales símbolos parabólicos del poeta se interrelacionan con frecuencia, a veces apoyando paralelamente una actitud, y a veces mostrándose antagónicos, y no ha dejado escapar tampoco la observación de que el propio poeta se identifica con ellos en repetidas ocasiones.

Es también un estudio importante el dedicado a cotejar las semejanzas y diferencias que se dan entre la poesía de Paul Valéry y Jorge Guillén. Desde el punto de vista crítico, este trabajo es de singular interés, ya que intenta desbrozar una tan enmarañada cuestión como es la del mayor o menor grado de influencia del poeta francés sobre el español, que ella no niega, pero que ajusta a la realidad subjetiva de unos límites que siempre estuvieron imprecisos. El análisis de algunas traducciones de poemas de Valéry hechas por Guillén sirve a Concha Zardoya para establecer importantes diferenciaciones de la personalidad artística de uno y otro.

Completan este volumen un ensayo sobre la varia significación de los espejos en la poesía de Federico García Lorca y otro sobre la técnica colorista y metafórica de Rafael Alberti en su libro *Marinero en tierra*. En cuanto al primero de ellos, con la exploración del citado tema, Concha Zardoya nos revela un sugerente mundo de símbolos lorquianos, y en cuanto al segundo, toda la complejidad emotiva y estética de una obra que considera más profunda humanamente de lo que a simple vista haya podido parecer. Y tiene razón.

El nuevo libro de Concha Zardoya requiere un detenido análisis que no podemos desarrollar en esta sencilla noticia crítica, con la que sólo intentamos llamar la atención sobre una obra que ciertamente la merece, tanto por la agudeza de la observación como por el rigor del método.

RAFAEL MORALES